

entre los miembros de esa sociedad. La cooperación armónica se derrumba, el control del "yo" desaparece y uno o varios subordinados principian a ejecutar órdenes de su propia cosecha. Es cierto, escribía McDougall, que tal insubordinación puede ser indefinida, constituyendo una seria rivalidad entre la mónada gobernante y las contumaces, pero no puede negarse la posibilidad de un nuevo reajuste o sometimiento. Utilizando esta hipótesis lógica, que su autor vigoriza con numerosos ejemplos y las conclusiones del libro de Morton Prince, los psiquiatras Thigpen y Cleckley explican el caso clínico que tuvieron la oportunidad de tratar.

El caso de la señora Eva White fué presentado por los autores ante varias asociaciones psiquiátricas, que lo valoraron con gran cautela. Más tarde una buena parte de su desarrollo fué recogido en el "Journal of Abnormal and Social Psychology", y, finalmente, se condensó la experiencia y el desenlace de este libro. El lector se figurará tener entre manos una sugerente novela de "literatura negra". En parte, la dificultad del tema ha sido salvada merced a la simpatía y donaire con que ha sido expuesto el asunto. Se trata de un problema de personalidad tríplice, que padece la señora White, hija de unos modestos granjeros norteamericanos. Los psiquiatras autores de este libro fueron visitados hace algunos años por la señora Eva White, quien se vió obligada a dar este paso ante las terribles jaquecas que padecía. El hecho en sí no fué estimado por el médico local ni por los alienistas como un caso extraordinario. Dos años de labor clínica reiterada permitieron conocer a los doctores Thigpen y Cleckley las "tres caras" de su paciente, personalidades con psicología distinta y distintas querencias y gustos: la señora Eva White, casada y madre de la pequeña Bonnie, la señorita Eva Black y la señorita Jane. Después de la paciente búsqueda de los orígenes de esta anomalía psíquica, a los que se llega tras el esfuerzo y colaboración de ilustres psiquiatras y psicólogos, reaparece la

personalidad integral o el dominio de la mónada suprema. El libro merece toda nuestra atención, en caunto que es, sin duda, la versión más científica que hasta la fecha se ha realizado sobre un problema tan terrible y desolador no sólo para quienes la padecen, sino incluso para quienes meditan sobre él.

FERMIN SOLANA PREILIZO

Carlos P. Rómulo. *El mensaje de Bandung*. Traducción de C. Díaz Andres. Editorial Hispano-Europea. Barcelona, 1957. 108 páginas.

Desde el 18 al 24 de abril de 1955, como es sabido, tuvo lugar, en la ciudad de Bandung (Indonesia), una sorprendente Conferencia internacional, en la que participaron hasta veintinueve representaciones de países asiáticos y africanos. Sin duda, ha sido este el suceso de política mundial más importante de los últimos años; y ello no por lo que desde el punto de vista práctico se haya logrado, sino por el hecho insólito de que los delegados gubernamentales afro-asiáticos se reunieran a pesar de sus ideologías, sus convicciones contrapuestas y los compromisos que muchos de ellos tenían contraídos con las potencias o bloques internacionales actualmente en tensión. Es cierto que la historia más reciente recuerda numerosas reuniones interestatales análogas a la de Bandung; pero el acontecimiento de 1955 estaba estructurado por características y condiciones muy especiales. La Conferencia Afro-Asiática nació en un momento histórico escasamente propicio para la inteligencia sincera en los tratos diplomáticos, agrupó por unos días a los delegados de pueblos con una experiencia política limitada y fué posible a pesar de que no existió, por lo menos al principio, una idea clara y concreta de los temas a tratar. Durante el desarrollo de la reunión no se intentó de ninguna manera elaborar un convenio multilateral que viniese a ser, poco más o menos, una solución viable de los graves y angustiosos problemas que

tiénes planteados los pueblos de Asia y Africa. Por el contrario, el resultado de las sesiones de trabajo se resolvió en el reconocimiento de un conjunto de principios, muy amplios y generales, respecto a los órdenes más variados; por ejemplo, se hizo hincapié en la necesidad de la cooperación económica y cultural entre los Estados participantes, se aceptaron los derechos fundamentales del hombre —“como un medio universal para alcanzar un grado de perfección mayor para todos los pueblos y naciones del mundo”—, se concretó lo que debía ser la política anticolonialista de los Estados afro-asiáticos libres o independientes y, en fin, la Conferencia proclamó la política de paz y cooperación mundial que ha venido definiendo, según las manifestaciones constantes de los grupos delegados, las relaciones exteriores de sus respectivos gobiernos.

El autor de este ensayo, el general Carlos P. Rómulo, delegado de Filipinas en Bandung, ha advertido la trascendencia que para aquellos dos continentes podía tener una reunión de tal envergadura y, al propio tiempo, alude a los recelos y temor que suscitó entre los gobiernos occidentales este despertar repentino de los pueblos afro-asiáticos. La Conferencia de Bandung es el comienzo de la incorporación de una treintena de pueblos, hasta ahora sumidos en un letargo secular —por causa del colonialismo más que por caracteres étnográficos especiales—, a la vida de la política mundial y al juego de las influencias internacionales. Pero acaso este proceso se venía realizando desde fechas relativamente más lejanas: desde los primeros años que sucedieron a la última gran guerra, coyuntura que permitió a muchos países sojuzgados durante siglos por una civilización usurpadora, reconquistar su libertad y soberanía. Si en el orden práctico Bandung ha significado muy poca cosa —seguramente no mucho más, ni menos, que tantas y tantas reuniones internacionales como han tenido lugar en el último decenio—, el comunicado final de la Conferencia posee, sin embargo, el sumo in-

terés. El hecho de que varios países, por ejemplo, tan distintos desde cualquiera que sea el punto de vista en que se les observe y compare, acepten los derechos fundamentales del hombre y afirmen su fe en la organización democrática de la vida ciudadana, es de por sí un *resultado* francamente esperanzador. Pero hay que creer que la sinceridad del sector totalitario participante en la reunión, no fué en ningún caso muy estimable. Los comunistas —y no olvido en esta indicación a sus epígonos, los dictadorzuelos rosáceos euro-americanos—, al tiempo que aceptan, en cierta medida, los principios democráticos para todo que hace referencia a sus relaciones internacionales, conservan las estructuras totalitarias en el seno de la organización de sus propios Estados; cosa inversa, poco más o menos, de la conducta norteamericana, que mientras se han configurado dentro de sus fronteras como una gran democracia, progresiva y ejemplar, se manifiesta en el orden de la política mundial como un foco reaccionario, virulento y acaparador. Este desajuste, esta falta de autenticidad es un motivo que ha puesto de relieve, en repetidas ocasiones, la ineficacia de multitud de conferencias internacionales y el tono meramente propagandístico con que se desarrollaron muchas de ellas. No creo, repito, que Bandung se viera libre de esta falsedad política general y es posible que las decisiones acordadas no lleguen a ser otra cosa que un canto lírico a ciertos ideales, es decir, una verdadera adulteración de los sentimientos del ciudadano afro-asiático medio.

En diversos pasajes del libro a que vengo aludiendo, el autor examina el papel que en la reunión de Bandung adoptaron los representantes de las tendencias políticas del mundo actual —democracia y comunismo—, así como el del bloque neutralista, que en Asia, primordialmente, ha tenido su origen y desarrollo máximo. El general Rómulo dedica algunas páginas al análisis de la labor realizada por la delegación de Filipinas en el seno de la Conferencia.



Naturalmente, la postura de la República isleña tenía que ser distinta e incluso rival de aquella que mantuviera el grupo comunista, dirigido entonces por el jefe del Gobierno chino, Chou En-Lai. Sin embargo, la misma oposición y rivalidad existió entre los Estados democráticos y los dirigentes del neutralismo. El autor en varios momentos del libro —por cierto muy poco sistemático—, despliega una dura crítica contra la posición neutralista de los señores Nehru, de la India; Nasser, de Egipto, y el doctor U. Nu, de Birmania. Por definición, los Estados neutralistas debieran ser espectadores imparciales de la lucha que existe hoy entre el mundo libre y los regímenes populares; debieran constituir un bloque diferente, ecuaníme y objetivo ante la competencia de esos dos sistemas político-económicos que propenden a establecer en zonas cada vez más amplias los ideales democráticos y comunistas. “Sin embargo —escribe el general filipino—, toda la humanidad podría prestar testimonio de la frecuencia con que, desgraciadamente, se revelan manifestaciones de que el neutralismo que afirman profesar dichos países, se convierte en una actitud que podría calificarse de neutralidad agresiva. Así, por ejemplo, cuando el neutralismo equipara en su trato y concede igual respeto a la democracia y al comunismo, por lo que representa en sí este hecho simplemente, deja de ser imparcial por desvalorizar el peso de la opinión popular. La postura adoptada por los neutralistas en la cuestión de la prohibición de las armas nucleares y termonucleares implica asimismo una inconsistencia, por no decir falacia, en la doctrina de los neutralistas. Por un lado, se opone radicalmente a la prosecución de los experimentos atómicos por los occidentales, en el Pacífico, pero en cambio guarda discreto silencio ante los experimentos atómicos que realiza la Unión Soviética”. En realidad, la actitud neutralista no descansa, a mi juicio, sobre motivos ideológicos, sino sobre razones de alcance puramente pragmático. Esta tercera posición internacional se halla conformada por pueblos de estructuras subdes-

arrolladas —sea en el aspecto económico, o en lo que se refiere a la administración pública, la organización de la masa ciudadana, el nivel medio de cultura, etc.—; pero pueblos particularmente dotados de una fuerte conciencia nacionalista y un deseo tenaz de progreso comunitario. Las tendencias fluctuantes de la política exterior de estas unidades nacionales, que oscilan entre la democracia y los regímenes comunistas, según las circunstancias y el momento, no han supuesto en ningún caso una identificación plena con uno cualquiera de los bloques en pugna; tampoco es probable que estemos ante una nueva fuerza capaz de mantener el equilibrio político en la dinámica de las relaciones interestatales. Pero esta actitud acomodaticia y oscilante ha despertado la atención del mundo y ha contribuido, en buena parte, a que los Estados neutralistas reciban una ayuda exterior de tipo económico o técnico, más o menos eficaz. No creo, pues, que el neutralismo sea otra cosa, al menos hoy por hoy, que una táctica internacional al servicio de necesidades y obligaciones nacionales muy acuciantes e inmediatas.

El autor dedica una parte considerable de su trabajo al examen de las consecuencias prácticas que deben sacarse de la reunión de Bandung; seguramente es el asunto que despierta más interés durante la lectura de este libro. Siguiendo un razonamiento muy claro y preciso, expone los seis errores que, a su juicio, entorpecen o debilitan las relaciones entre los Estados Unidos —hermano mayor de la civilización democrática— y los pueblos de Asia y Africa. Estos errores son los siguientes: la inhibición de los americanos ante la política colonialista de algunas potencias europeas; la exigua ayuda económica y técnica que prestan a los pueblos afro-asiáticos; la inestabilidad que parece presidir la vida interna americana, debida a varios motivos, entre los que destaca su política blandengue y claudicante frente al bloque totalitario; la posibilidad de que los Estados Unidos no presten una ayuda militar eficaz a otros pueblos en un momento de peligro inminente o cuando el conflicto sea una realidad, actitud por cierto que

han adoptado ya en otras ocasiones; el menosprecio americano hacia la cultura, varias veces milenaria, de los países de Asia y Africa; y, en fin, el escaso deseo que existe en Norteamérica de lograr nuevos amigos, por causa quizás de la superioridad real y estado de perfección de sus armamentos.

El autor cree que estos errores políticos necesitan una inaplazable marginación, a fin de asentar las relaciones entre los Estados Unidos y los pueblos afro-asiáticos sobre acuerdos sinceros y leales. Señala, por ello, los criterios fundamentales que deben prevalecer en el Departamento de Estado para llevar a cabo una eficaz revisión de la política exterior americana en sus relaciones con los pueblos no desarrollados. 1) Los Estados Unidos deben manifestar, por medio de una ley, su apoyo incondicional a los demás pueblos que están en plena etapa de esfuerzo y sacrificio para conseguir la autodeterminación. 2) Los americanos no deben olvidar, en medio de su fabulosa riqueza, que la miseria y el dolor jalonan muchas poblaciones de Asia y Africa; por ello deben incrementar su ayuda técnica y económica, a fin de que estos pueblos adquieran un nivel superior de vida y se conviertan en aliados leales de la nación americana. 3) El Gobierno de los Estados Unidos debe controlar la publicidad de todas las decisiones de ayuda exterior, porque los retrasos en su realización —lógicos, por otra parte, si se tiene en cuenta el laborioso proceso administrativo que siguen las decisiones de este tipo— crean el desaliento y la decepción de los pueblos a que va destinada. 4) Es necesario dar una nueva orientación a la estrategia militar de los Estados Unidos que, con respecto al Tratado de Manila, resulta en buena medida ineficaz y poco sólida. 5) Es preciso observar con cuidado el fenómeno del desempleo, que adquiere en estos momentos proporciones alarmantes en Asia; en consecuencia, los Estados Unidos deben procurar el aumento de sus adquisiciones en los pueblos de esos dos continentes que encierran una gran riqueza de materias primas de interés estratégico, resolviendo con ello el problema del paro o desocupación obrera. 6) Deben, asimis-

mo, restringir la publicidad de las pruebas nucleares, pues constituyen un motivo de alarma mundial y dan origen a una forma colectiva de desprestigio por la que se inculpa al gobierno americano de colocar a la humanidad al borde de un peligro sin precedentes. Y 7) Washington debe también controlar la publicidad sobre el estado de sus posibilidades, el nivel de vida de los *yankees* y la cuantía de los presupuestos para el consumo doméstico interno, ya que "al ser conocidos semejantes detalles en el extranjero, causan, a veces, una impresión poco favorable para los americanos". Naturalmente, es muy probable que los americanos no acepten nunca todos y cada uno de los criterios revisionistas de ese esquema propuesto por el general Rómulo. Ellos tienen sus ideas particulares sobre lo que debe ser la misión de la ayuda estadounidense a los pueblos afro-asiáticos —cfr., por ejemplo, el libro de Chester Bowles, "Crónicas de un Embajador". Versión de A. Bray. Buenos Aires, 1955, págs. 415 y ss.—; y no creo que, al menos por ahora, que el desarrollo de su política democrática interna —que es en definitiva, lo que *censura* el autor— prevalezca sobre sus ideas y modos de interpretación de las relaciones internacionales.

FERMIN SOLANA

MAURY, René: *L'Intégration européenne*, Sirey, 1958. 338 págs.

Como indica su título ("La integración europea"), nos encontramos ante una obra general sobre la construcción de la unidad europea. Publicada en junio de 1958, es decir, seis meses antes de la entrada en vigor del Mercado Común, la obra refleja el peculiar estado de expectación de Occidente en vísperas de la unificación de Europa. Su autor, René Maury, es profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de Montpellier. Intenta eliminar de la obra la complejidad de la técnica económica. Evidentemente, el texto es claro. Ello no quita que sea denso y desarrollado pesadamente. Aunque la obra es en todo momento interesante.